

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

Una mente atormentada

Virginia Woolf no fue a la escuela pero escribía desde que tuvo uso de razón. A los nueve años preparaba un periódico familiar; a los quince, empezó un diario que mantendría durante veintisiete años. Su última entrada, cuatro días antes de quitarse la vida, dice: «No puedo escribir. He perdido el arte».

Su vida estuvo marcada por la muerte de su madre, cuando tenía 13 años; poco

después, su hermana mayor; y siete años más tarde, su padre) y por sus fuertes ataques depresivos -hoy la diagnosticarían con un trastorno bipolar-. La vida para Virginia era una estafa.

Al morir su padre, Virginia se muda a Bloomsbury. Su hermano organiza tertulias a las que asisten Lytton Strachey, Bertrand Russell, Keynes... Allí Virginia puede hablar de filosofía, de arte, de religión... Descubre otro mundo y lo anota en su diario: «[antes] no se nos pedía que utilizásemos gran cosa nuestro cerebro. Aquí es lo único que utilizamos». El grupo de Bloomsbury había nacido. Se casó con Leonard Woolf -«un judío sin un penique»- y en 1917 fundaron Hogarth Press en una habitación de su casa. Ahí publicaron 'La tierra baldía' de T. S. Eliot, las obras de Sigmund Freud o a Katherine Mansfield. También rechazaron el 'Uli-



Portada de V. Woolf.

ses' de Joyce. Woolf modernizó la novela inglesa. Quiso que sus personajes se explicaran por sí solos, sin necesidad de narrador, jugó con el espacio y el tiempo, experimentó, creó personajes que vivían cinco siglos y que cambiaban de sexo por el camino. Puso mucho de su vida en sus obras. 'Una habitación propia' se convirtió en un texto fundacional para el movimiento feminista.

La publicación de sus libros provocaba en Virginia intensas crisis, su angustia mientras llegaban las críticas era paralizante. A los 59 años volvió a oír voces. La locura había regresado. Hace ahora 75 años, el 28 de marzo de 1941, no pudo soportarlo. En el papel azul en el que escribía dejó cartas para su marido y su hermana. Salió de casa, apoyada en su bastón, hasta llegar al río Ouse. Cargó los bolsillos de su abrigo con piedras y se internó en el agua. Ahogó sus voces y ahogó su genio, el que le había llevado a escribir obras como 'La señora Dalloway', 'Al faro', 'Las olas' u 'Orlando'.

La mayor parte de su obra está publicada en Lumen y la exquisita editorial Nórdica acaba de publicar 'Kew gardens', tres cuentos ilustrados bellamente por Elena Ferrándiz. Leer estos cuentos y el resto de su obra es la mejor manera de recordarla.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO PANAMÁ

Gran libro de Gainsbourg

Serge Gainsbourg no era feo. Era horroroso. Mucho. Enclenque de orejas descomunales y aquella nariz... él mismo se definía como un «monstruo» y para colmo era descendiente de judíos lo que acrecentó sus problemas en una Francia ocupada durante la Segunda Guerra Mundial. Pero además Gainsbourg era un genio absoluto. Autor de prodigiosos temas que comenzaron rindiendo homenaje a la «chanson», siguieron desafiando todos los ritmos conocidos (rock, pop, reggae, música clásica...) y terminaron en canciones casi minimalistas que provocaban escalofríos y enfados a partes iguales (tuvo la osadía de pujar por la letra original de 'La Marsellesa' y la reinterpretó con ritmo jamaicano y mucha mala leche en su 'Aux armes').

Poeta, cineasta, pintor que quemó toda su obra fascinó a las mujeres más hermosas de su tiempo como Brigitte Bardot, Jane Birkin, Catherine Deneuve, se bebió hectólitros de vino, absenta y combinados imposibles, se fumó toda la tabacalera francesa en su versión más popular (los Gitanes vendrían a ser los Ducados nacionales) llegando a cuatro paquetes diarios y demostró al mundo que la belleza y la emoción estaban más allá de sus poco agradados atributos físicos



Portada del volumen.

por medio de temas que hoy siguen sonando arrebatadores y clásicos.

Vivió al límite, apuró cada segundo de una existencia sin pausa, paró en algún momento para componer y dejar ritmos sublimes que conmueven todavía hoy y siguió exhalando humo y con un vaso en la mano, pose con la que se le recuerda. Todo eso es narrado por Felipe Cabrerizo, admirador de la bestia, en este 'Elefantes ro-

das' (Ed. Expediciones Polares, 2015) y cuyo extraño título extraído de su canción 'Intoxicated man' se entiende tras leer todas las peripecias y audacias vitales y sonoras de este genio francés. Buen momento para rellenar ese hueco que muchos tenemos con la música que no es anglosajona, un buen momento para (re)descubrir la hermosura y la pasión. Hoy Gainsbourg es considerado un héroe nacional en Francia y su casa en la 'rue' Vermeuil es lugar de peregrinación (doy fe) para miles de personas que la inundan de grafitis amorosos y arrojan tras la entrada montones de paquetes de sus famosos Gitanes. Sus excesos le costaron cuatro infartos y su cuerpo dijo «basta» con el quinto en 1991. Tenía 62 años. Suene su estremecedor 'He venido a decirte que me voy' en memoria. Gran libro, gran personaje.